



Jack London
El Mexicano

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MEXICANO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1911
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL MEXICANO

Nadie conocía su historia: los de la Junta, menos que nadie. Era su «pequeño misterio», su «gran patriota», y a su manera trabajaba tan arduamente por la inminente Revolución Mexicana como ellos mismos. Tardaron en reconocerlo, pues ninguno de los miembros de la Junta le tenía simpatía. El día que se presentó por primera vez en sus atestadas y bulliciosas salas, todos lo sospecharon de ser espía, uno de los instrumentos comprados por el servicio secreto de Díaz. Demasiados camaradas estaban en prisiones civiles y militares diseminadas por Estados Unidos, y otros, encadenados, eran trasladados en aquel mismo momento a través de la frontera para ser alineados ante tapias de adobe y fusilados.

A primera vista, el muchacho no les causó buena impresión. Muchacho era, de no más de dieciocho años, y no demasiado grande para su edad. Se presentó diciendo que se llamaba Felipe Rivera y que deseaba trabajar por la Revolución. Eso fue todo: ni una palabra de más, ninguna explicación ulterior. Se quedó esperando. No había sonrisa en sus labios ni afabilidad en sus ojos. El corpulento y arrojado Paulino Vera sintió un escalofrío interior. Aquello era algo amenazador, terrible, inescrutable. Había algo venenoso y serpentino en los ojos negros del muchacho. Ardían como fuego helado, con una amargura vasta y concentrada. Los paseó de los rostros de los conspiradores a la máquina de escribir que la menuda señora Sethby manejaba con diligencia. Sus ojos se posaron en los de ella tan solo un instante —ella había alzado la vista por casualidad— y también ella percibió ese algo innombrable que la hizo detenerse. Se vio obligada a releer el texto para retomar el ritmo de la carta que estaba redactando.

Paulino Vera dirigió una mirada inquisitiva a Arrellano y a Ramos, y ellos se la devolvieron igualmente inquisitivos, mirándose también entre sí. La indecisión de la duda habitaba en sus ojos. Aquel muchacho delgado era lo Desconocido, investido con toda la amenaza de lo Desconocido. Era irreconocible, algo completamente ajeno a la comprensión de los revolucionarios honestos y corrientes, cuyo más fiero odio hacia Díaz y su tiranía no era, a fin de cuentas, sino el de patriotas honestos y corrientes. Aquí había algo más, no sabían qué. Pero Vera, siempre el más impulsivo, el más rápido en actuar, se adelantó a llenar el vacío.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Dice usted que quiere trabajar por la Revolución. Quítese el abrigo. Cuélguelo allí. Le mostraré: venga, ¿dónde están los cubos y los trapos? El suelo está sucio. Empezará fregándolo, y después fregaré los suelos de las demás habitaciones. Las escupideras también hay que limpiarlas. Y luego están las ventanas.

—¿Es por la Revolución? —preguntó el muchacho.

—Es por la Revolución —respondió Vera.

Rivera los miró a todos con desconfianza fría y procedió a quitarse el abrigo.

—Está bien —dijo.

Y nada más. Día tras día acudía a su trabajo: barriendo, fregando, limpiando. Vaciaba las cenizas de las estufas, subía el carbón y la leña, y encendía los fuegos antes de que el más madrugador de ellos estuviera en su mesa.

—¿Puedo dormir aquí? —preguntó una vez.

¡Ajá! ¡Con que eso era! La mano de Díaz asomando. Dormir en las salas de la Junta supondría acceso a sus secretos, a las listas de nombres, a las direcciones de los camaradas en territorio mexicano. La petición fue denegada, y Rivera no volvió a mencionarlo. Dormía no se sabía dónde, comía no se sabía dónde ni de qué. En cierta ocasión, Arrellano le ofreció un par de dólares. Rivera rehusó el dinero con un movimiento de cabeza. Cuando Vera se unió e intentó insistir, él dijo:

—Trabajo para la Revolución.

Hace falta dinero para sostener una revolución moderna, y la Junta siempre andaba apurada. Sus miembros pasaban hambre y se mataban trabajando, y el día más largo no era nunca suficientemente largo; y, sin embargo, había momentos en que parecía como si la Revolución entera dependiera de unos pocos dólares. Una vez, la primera, cuando el alquiler de la casa llevaba dos meses sin pagarse y el arrendador amenazaba con el desahucio, fue Felipe Rivera, el fregador de ropa pobre y barata, raída y deshilachada, quien depositó sesenta dólares en oro sobre el escritorio de May Sethby. Hubo otras ocasiones. Trescientas cartas, tecleadas en las máquinas de escribir que nunca descansaban — llamamientos de auxilio, solicitudes de apoyo a los grupos obreros organizados, peticiones de información veraz a los directores de periódicos, protestas contra el trato arbitrario a los revolucionarios por parte de los tribunales de Estados Unidos—, yacían sin enviar, a la espera del franqueo. El reloj de Vera había desaparecido: el antiguo repetidor de oro que había sido de su padre. Igualmente había desaparecido la sencilla alianza de oro del tercer dedo de May Sethby. La situación era desesperada. Ramos y Arrellano se tiraban de sus largos bigotes con desesperación. Las cartas tenían que salir, y Correos no fiaba sellos. Fue entonces cuando Rivera se puso el sombrero y salió. Al volver, depositó mil sellos de dos centavos sobre el escritorio de May Sethby.

—Me pregunto si es el maldito oro de Díaz —dijo Vera a los camaradas.

Levantaron las cejas y no pudieron decidirse. Y Felipe Rivera, el fregador de la Revolución, continuó, a medida que surgía la ocasión, depositando monedas de oro y plata para el uso de la Junta.

Y aun así no conseguían simpatizarle. No lo conocían. Sus formas no eran las de ellos. No hacía confidencias. Rechazaba toda indagación. Siendo tan joven, nunca encontraban el valor para atreverse a interrogarle.

—Un espíritu grande y solitario, quizás. No lo sé, no lo sé —dijo Arrellano, impotente.

—No es humano —dijo Ramos.

—Su alma está cauterizada —dijo May Sethby—. La luz y la risa han sido consumidas en él. Es como alguien muerto, y sin embargo está aterradoramente vivo.

—Ha pasado por el infierno —dijo Vera—. Ningún hombre podría tener ese aspecto sin haber pasado por el infierno, y no es más que un muchacho.

Y aun así no conseguían simpatizarle. Nunca hablaba, nunca preguntaba, nunca proponía nada. Se quedaba escuchando, inexpresivo, como algo muerto, salvo por sus ojos que ardían fríamente, mientras la charla de ellos sobre la Revolución subía de tono y se encendía. Sus ojos iban de rostro en rostro, de orador en orador, taladrando como barrenas de hielo incandescente, desconcertantes e inquietantes.

—No es un espía —confió Vera a May Sethby—. Es un patriota: ya lo verá usted, el mayor patriota de todos nosotros. Lo sé, lo siento, aquí, en el corazón y en la cabeza lo siento. Pero a él no lo conozco en absoluto.

—Tiene mal genio —dijo May Sethby.

—Lo sé —dijo Vera con un estremecimiento—. Me ha mirado con esos ojos suyos. No aman: amenazan; son fieros como los de un tigre salvaje. Sé que si yo traicionase la Causa, me mataría. No tiene corazón. Es implacable como el acero, agudo y frío como la escarcha. Es como el claro de luna en una noche de invierno cuando un hombre se hiela hasta morir en la cima solitaria de alguna montaña. A Díaz y a todos sus asesinos no les tengo miedo; pero a este muchacho, a él sí le tengo miedo. Se lo digo con toda sinceridad. Tengo miedo. Es el aliento de la muerte.

Y sin embargo fue Vera quien persuadió a los demás para conceder la primera misión de confianza a Rivera. La línea de comunicación entre Los Ángeles y Baja California se había interrumpido. Tres camaradas habían cavado sus propias fosas y habían sido arrojados en ellas. Otros dos eran prisioneros del gobierno federal en Los Ángeles. Juan Alvarado, el comandante federal, era un monstruo. Frustraba todos sus planes. Ya no podían conectar con los revolucionarios activos ni con los potenciales en Baja California.

Al joven Rivera se le dieron sus instrucciones y fue enviado al sur. A su regreso, la línea de comunicación estaba restablecida y Juan Alvarado había muerto. Lo habían encontrado en cama con un cuchillo clavado hasta la empuñadura en el pecho. Esto excedía las instrucciones de Rivera, pero los de la Junta conocían los momentos de sus movimientos. No le preguntaron. Él no dijo nada. Pero se miraron unos a otros y conjeturaron.

— Ya os lo dije — dijo Vera—. Díaz tiene más que temer de este joven que de ningún otro hombre. Es implacable. Es la mano de Dios.

El mal genio que había mencionado May Sethby, y que todos percibían, se evidenciaba en huellas físicas. A veces aparecía con el labio cortado, la mejilla amoratada o la oreja hinchada. Estaba claro que se peleaba en algún lugar de ese mundo exterior donde comía y dormía, conseguía dinero y se movía por caminos que ellos desconocían. Con el paso del tiempo, había empezado a componer los tipos para la pequeña hoja revolucionaria que publicaban semanalmente. Había ocasiones en que era incapaz de componer tipos: cuando tenía los nudillos magullados y maltrechos, cuando los pulgares estaban lesionados e inútiles, cuando un brazo u otro colgaba desfallecido a su costado mientras su rostro se contraía de un dolor silencioso.

— Un perdido — dijo Arrellano.

— Frecuentador de antros — dijo Ramos.

— Pero ¿de dónde saca el dinero? — exigió saber Vera—. Solo hoy, hace un momento, acabo de enterarme de que pagó la factura del papel blanco: ciento cuarenta dólares.

— Sus ausencias — dijo May Sethby—. Jamás las explica.

— Deberíamos ponerle un espía encima — propuso Ramos.

— Yo no quisiera ser ese espía — dijo Vera—. Me temo que no volvería a verme, salvo para enterrarme. Tiene una pasión terrible. Ni a Dios mismo le permitiría interponerse entre él y el camino de su pasión.

— Ante él me siento como un niño — confesó Ramos.

— Para mí es fuerza: es lo primitivo, el lobo salvaje, la serpiente de cascabel al ataque, el ciempiés que pica — dijo Arrellano.

— Es la Revolución encarnada — dijo Vera—. Es la llama y el espíritu de ella, el grito insaciable de venganza que no grita sino que mata sin ruido. Es un ángel destructor que avanza en la quietud de la noche.

— Podría llorar por él — dijo May Sethby—. No conoce a nadie. Odia a toda la gente. A nosotros nos tolera porque somos el camino de su deseo. Está solo... solo. — Su voz se quebró en un sollozo a medias y hubo un velo de lágrimas en sus ojos.

Los caminos y los tiempos de Rivera eran verdaderamente misteriosos. Había períodos en que no lo veían en toda una semana. En cierta ocasión estuvo ausente un mes. Estas temporadas siempre concluían con su regreso, cuando, sin anuncio ni palabras, depositaba monedas de oro sobre el escritorio de May Sethby. Luego, durante días y semanas, pasaba todo su tiempo con la Junta. Y aun así, en períodos irregulares, desaparecía durante el corazón de cada jornada, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde. En tales ocasiones llegaba temprano y se quedaba hasta tarde. Arrellano lo había encontrado a medianoche componiendo tipos con los nudillos recién hinchados, o quizás con el labio recién partido, que aún sangraba.

II

Se acercaba el momento de la crisis. Que la Revolución triunfara o fracasara dependía de la Junta, y la Junta estaba muy apurada. La necesidad de dinero era mayor que nunca, mientras que el dinero era más difícil de conseguir que nunca. Los patriotas habían dado su último centavo y ya no podían dar más. Los peones de las cuadrillas de ferrocarril —fugitivos de México— contribuían con la mitad de sus míseros salarios. Pero hacía falta más que eso. El agotador, conspirador y socavador trabajo de años se aproximaba a su culminación. El momento había llegado. La Revolución pendía en la balanza. Un empujón más, un último esfuerzo heroico, y se inclinaría hacia la victoria. Conocían su México. Una vez iniciada, la Revolución se sostendría sola. Toda la maquinaria de Díaz se derrumbaría como un castillo de naipes. La frontera estaba dispuesta a levantarse. Un yanqui con cien hombres de la IWW esperaba la señal para cruzar la frontera y comenzar la conquista de Baja California. Pero necesitaba armas. Y a lo largo y ancho del país, hasta el Atlántico, la Junta en contacto con todos ellos y todos necesitando armas: simples aventureros, soldados de fortuna, bandidos, sindicalistas americanos descontentos, socialistas, anarquistas, tipos duros, exiliados mexicanos, peones escapados de la servidumbre, mineros azotados de los campos de confinamiento de Coeur d'Alene y Colorado que solo deseaban, y con más saña, pelear: toda la escoria y los desechos de espíritus salvajes procedentes del complicado y enloquecido mundo moderno. Y era armas y municiones, municiones y armas: el clamor incesante y eterno.

Lanzar esa masa heterogénea, en bancarrota y vengativa, al otro lado de la frontera, y la Revolución estaría en marcha. Las aduanas, los puertos de

entrada del norte, serían tomados. Díaz no podría resistir. No se atrevería a concentrar el peso de sus ejércitos contra ellos, pues tenía que mantener el sur. Y a través del sur la llama se extendería pese a todo. El pueblo se levantaría. Las defensas de ciudad en ciudad irían desmoronándose. Estado tras estado iría tambaleándose. Y por fin, desde todos los flancos, los ejércitos victoriosos de la Revolución cerrarían el cerco sobre la propia Ciudad de México, el último bastión de Díaz.

Pero el dinero. Tenían los hombres, impacientes y urgentes, que usarían las armas. Conocían a los traficantes que las venderían y entregarían. Pero nutrir la Revolución hasta ese punto había agotado a la Junta. El último dólar había sido gastado, el último recurso y el último patriota famélico exprimido hasta el límite, y la gran empresa seguía pendiendo en la balanza. ¡Armas y municiones! Los batallones harapientos debían ser armados. Pero ¿cómo? Ramos lamentaba sus haciendas confiscadas. Arrellano lloraba los dispendios de su juventud. May Sethby se preguntaba si las cosas habrían sido distintas de haber sido más económicos en el pasado.

—Pensar que la libertad de México ha de sostenerse o hundirse por unos míseros miles de dólares —dijo Paulino Vera.

La desesperación se leía en todos los rostros. José Amarillo, su última esperanza, un converso reciente que había prometido dinero, había sido detenido en su hacienda de Chihuahua y fusilado contra la pared de su propio establo. La noticia acababa de llegar.

Rivera, de rodillas, fregando, alzó la vista con el cepillo en suspenso, los brazos desnudos salpicados de agua sucia y jabonosa.

—¿Con cinco mil bastaría? —preguntó.

Lo miraron con asombro. Vera asintió y tragó saliva. No podía hablar, pero en aquel instante quedó investido de una fe inmensa.

—Pida las armas —dijo Rivera, y a continuación se hizo culpable del mayor torrente de palabras que jamás le habían oído pronunciar—. El tiempo apremia. En tres semanas le traeré los cinco mil. Está bien. Hará mejor tiempo para quienes combatan. Además, es lo mejor que puedo hacer.

Vera luchó contra su fe. Era increíble. Demasiadas esperanzas queridas habían sido destruidas desde que empezara a jugar el juego de la

Revolución. Creía a este fregador andrajoso de la Revolución, y sin embargo no se atrevía a creer.

—Está usted loco —dijo.

—En tres semanas —dijo Rivera—. Pida las armas.

Se levantó, se bajó las mangas y se puso el abrigo.

—Pida las armas —dijo.

—Me voy ahora.

III

Tras muchas prisas y carreras, muchas llamadas de teléfono y exabruptos, se celebró una sesión nocturna en el despacho de Kelly. Kelly andaba agobiado de trabajo; además, la suerte le era esquiva. Había traído a Danny Ward desde Nueva York, le había organizado el combate con Billy Carthey, la fecha era en tres semanas, y llevaba dos días, cuidadosamente oculto a los periodistas deportivos, que Carthey estaba postrado por una grave lesión. No había nadie que lo sustituyera. Kelly había estado quemando los hilos del telégrafo hacia el Este, buscando a todo peso ligero disponible, pero todos estaban comprometidos con fechas y contratos. Y ahora la esperanza había renacido, aunque débilmente.

—Tiene usted una cara muy dura —le dijo Kelly a Rivera, después de echarle un vistazo, en cuanto estuvieron juntos.

Un odio maligno habitaba en los ojos de Rivera, pero su rostro permanecía impassible.

—Puedo ganarle a Ward —fue todo lo que dijo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le ha visto usted pelear alguna vez?

Rivera movió la cabeza negativamente.

—Él puede darle una paliza con una mano y los dos ojos cerrados.

Rivera se encogió de hombros.

—¿No tiene nada que decir? —gruñó el promotor de boxeo.

—Puedo ganarle.

—¿Y con quién ha peleado usted, a ver? —exigió saber Michael Kelly. Michael era el hermano del promotor y dirigía las salas de billar Yellowstone, donde sacaba buenos réditos del negocio del boxeo.

Rivera le obsequió con una mirada amarga que no respondía nada.

El secretario del promotor, un joven de aspecto marcadamente deportivo, soltó un bufido audible.

—Bueno, usted conoce a Roberts —rompió Kelly el silencio hostil—. Debería estar aquí. Lo he mandado llamar. Siéntese y espere, aunque a juzgar por su aspecto no tiene ninguna oportunidad. No puedo defraudar al público con una pelea de aficionados. Los asientos de primera fila se están vendiendo a quince dólares, ya lo sabe.

Cuando llegó Roberts, era evidente que estaba moderadamente borracho. Era un individuo alto, delgado y desgarbado, y su manera de moverse, como su manera de hablar, era lenta y lánguida.

Kelly fue directo al grano.

—Mire usted, Roberts, ha estado presumiendo de haber descubierto a este mexicanito. Sabe que Carthey se ha roto el brazo. Pues bien, este cobardica tiene la osadía de presentarse hoy y decir que ocupará el lugar de Carthey. ¿Qué hay de eso?

—Está todo bien, Kelly —fue la lenta respuesta—. Puede dar guerra en el ring.

—Supongo que ahora va a decirme que puede ganarle a Ward —soltó Kelly.

Roberts sopesó la pregunta con aire de árbitro.

—Eso no lo diré. Ward está en la cima y es un general del ring. Pero no puede despachar a Rivera en dos tiempos. Conozco a Rivera. Nadie puede con él. No tiene punto débil, al menos yo nunca le he encontrado ninguno. Y es un boxeador de las dos manos. Puede lanzar ganchos demoledores desde cualquier posición.

—Eso déjelo. Lo que quiero saber es qué espectáculo puede dar. Lleva toda la vida preparando y entrenando boxeadores. Le hago caso en su criterio. ¿Puede dar al público lo que viene a buscar?

—Claro que sí, y además le va a dar mucha guerra a Ward. No conoce usted a ese chico. Yo sí. Yo lo descubrí. No tiene punto débil. Es un demonio. Es un fenómeno, se lo digo yo. Hará que Ward se ponga las pilas con una exhibición del talento local que ya quisieran ver los demás. No digo que le gane a Ward, pero dará tal espectáculo que todos reconocerán que es un prometedor.

—Muy bien. —Kelly se volvió hacia su secretario—. Llame a Ward. Le avisé de que viniera si yo creía que valía la pena. Está justo enfrente, en el Yellowstone, dándose importancia y haciéndose el popular.

Kelly se volvió de nuevo hacia el preparador.

—¿Una copa?

Roberts apuró su *highball* y soltó la lengua.

—Nunca le conté cómo descubrí al pequeño pillo. Fue hace un par de años cuando apareció por el gimnasio. Estaba preparando a Prayne para su combate con Delaney. Prayne es una fiera. No tiene una pizca de misericordia. Dejaba a sus sparrings hechos polvo, y no encontraba ningún chico dispuesto a trabajar con él. Me había fijado en que este mexicanito hambriento rondaba por ahí, y estaba desesperado. Así que lo agarré, le puse los guantes y lo metí al ring. Era duro como el cuero crudo, pero débil. Y no sabía la primera letra del abecedario del boxeo. Prayne lo picó a tiras. Pero aguantó dos asquerosos asaltos, hasta que se desmayó. De hambre, nada más. ¡Molido! No habrías podido reconocerle. Le di medio dólar y una comida decente. Había que ver cómo se la zampó. No había probado bocado en un par de días. «Este ya está liquidado», pensé. Pero al día siguiente apareció, tieso y adolorido, listo para otro medio dólar y otra comida decente. Y fue mejorando con el tiempo. Un boxeador nato, y duro como nadie. No tiene corazón. Es un pedazo de hielo. Y no ha encadenado once palabras seguidas desde que le conozco. Trabaja en silencio y hace su trabajo.

—Le he visto —dijo el secretario—. Ha trabajado mucho con usted.

—Todos los grandes pequeños han hecho sparring con él —respondió Roberts—. Y ha aprendido de ellos. He visto a algunos a quienes podría ganar. Pero no le ponía empeño. Daba la impresión de que nunca le gustó el deporte.

—Ha estado peleando en los clubes pequeños estos últimos meses —dijo Kelly.

—Sí. Pero no sé qué le dio. De repente le entró el empeño. Salió como una exhalación y arrasó a todos los locales. Parecía querer el dinero, y ha ganado algo, aunque la ropa no lo parece. Es un tipo raro. Nadie sabe en qué se ocupa. Nadie sabe en qué emplea el tiempo. Incluso cuando está de servicio, desaparece casi todo el día en cuanto termina su trabajo. A veces simplemente desaparece semanas enteras. Pero no acepta consejos. Hay una fortuna esperando al tipo que consiga dirigirle, solo que él no quiere ni oír hablar de eso. Y ya verá cómo insiste en cobrar en efectivo cuando lleguen a los términos del contrato.

Fue en ese momento cuando llegó Danny Ward. Fue toda una entrada. Su mánager y su entrenador venían con él, e irrumpió como una ráfaga de jovialidad, buen humor y aires de triunfador. Los saludos volaron por los aires, un chiste aquí, una réplica allá, una sonrisa o una carcajada para todos. Era su estilo, aunque solo en parte sincero. Era un buen actor, y había descubierto que la jovialidad era un activo de gran valor en el juego de abrirse camino en el mundo. Pero en el fondo era el boxeador deliberado y de sangre fría, y el hombre de negocios. Lo demás era una máscara. Quienes le conocían o trataban con él decían que cuando se llegaba a lo concreto, Danny estaba siempre en su sitio. Asistía invariablemente a todas las reuniones de negocios, y algunos sostenían que su mánager era una pantalla cuya única función era servir de portavoz de Danny.

La manera de Rivera era distinta. Sangre india, además de española, corría por sus venas, y se sentó en un rincón, silencioso, inmóvil, solo sus ojos negros moviéndose de rostro en rostro, observándolo todo.

—¿Así que ese es el tipo? —dijo Danny, calibrando con la mirada a su posible adversario—. Buenas, amiguito.

Los ojos de Rivera ardieron con veneno, pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. Detestaba a todos los gringos, pero a este gringo lo odiaba con una inmediatez inusual incluso en él.

—¡Dios mío! —protestó Danny con sorna al promotor—. No esperarás que pelee con un sordomudo. —Cuando cesaron las risas, soltó otra cuchu-

fleta—. Los Ángeles debe de estar en las últimas si esto es lo mejor que ha podido conseguir. ¿De qué guardaría lo ha sacado?

—Es un buen chico, Danny, créame —lo defendió Roberts—. No tan fácil como parece.

—Y ya está vendida la mitad de la sala —suplicó Kelly—. Tendrá que aceptarlo, Danny. Es lo mejor que podemos hacer.

Danny le echó otra mirada descuidada y poco halagüeña a Rivera y suspiró.

—Supongo que tendré que ser suave con él. Con tal de que no se venga abajo.

Roberts bufó.

—Tenga cuidado —advirtió el mánager de Danny—. No hay que arriesgarse con un don nadie que puede colarse un golpe de suerte.

—Oh, tendré cuidado, descuide —sonrió Danny—. Entraré desde el principio y le iré llevando para satisfacción del querido público. ¿Qué le parece quince asaltos, Kelly... y luego la cama para él?

—De acuerdo —fue la respuesta—. Con tal de que lo haga convincente.

—Entonces vayamos al grano. —Danny hizo una pausa y calculó—. Por supuesto, el sesenta y cinco por ciento de la recaudación en taquilla, igual que con Carthey. Pero el reparto será distinto. El ochenta por ciento me viene bien. —Y a su mánager—: ¿De acuerdo?

El mánager asintió.

—Oiga, ¿ha entendido eso? —le preguntó Kelly a Rivera.

Rivera movió la cabeza negativamente.

—Pues es así —explicó Kelly—. La bolsa será el sesenta y cinco por ciento de la recaudación en taquilla. Usted es un desconocido sin reputación. Usted y Danny se la reparten: el veinte por ciento para usted, y el ochenta para Danny. Es justo, ¿verdad, Roberts?

—Muy justo, Rivera —asintió Roberts.

—Ya ve que aún no tiene usted reputación.

—¿Cuánto será el sesenta y cinco por ciento de la recaudación en taquilla? —preguntó Rivera.

—Oh, quizás cinco mil, quizás hasta ocho mil —intervino Danny para explicar—. Algo así. Su parte vendrá a ser algo así como mil o mil seiscientos. Bastante bien por recibir una paliza de un tipo con mi reputación. ¿Qué dice usted?

Entonces Rivera les dejó sin habla.

—El ganador se lleva todo —dijo con rotundidad.

Se produjo un silencio absoluto.

—Es como quitarle un caramelo a un niño —proclamó el mánager de Danny.

Danny negó con la cabeza.

—Llevo demasiado tiempo en este negocio —explicó—. No estoy poniendo en duda al árbitro ni a los presentes. No voy a decir nada de apuestas amañadas que pasan a veces. Pero lo que sí digo es que es mal negocio para un boxeador como yo. Yo juego sobre seguro. Nunca se sabe. ¿Y si me rompo el brazo, eh? ¿O si alguien me mete un doping? —Movié la cabeza solemnemente—. Gane o pierda, el ochenta por ciento es mi parte. ¿Qué dice usted, mexicano?

Rivera movió la cabeza negativamente.

Danny estalló. Ahora iba en serio.

—¡Sucio greaser de mierda! Me dan ganas de partirle la cara ahora mismo.

Roberts interpuso su cuerpo lánguidamente entre los contendientes.

—El ganador se lleva todo —repitió Rivera con obstinación.

—¿Por qué se empeña en eso? —preguntó Danny.

—Porque puedo ganarle —fue la respuesta directa.

Danny hizo ademán de quitarse el abrigo, a medias. Pero, como sabía su mánager, era teatro. El abrigo no llegó a quitarse, y Danny se dejó aplacar por el grupo. Todos simpatizaban con él. Rivera estaba solo.

—Escúcheme, pequeño idiota — tomó la palabra Kelly—. Usted no es nadie. Sabemos lo que ha estado haciendo estos últimos meses: ganarle a boxeadores locales de poca monta. Pero Danny es de otra categoría. Su próximo combate después de este será por el campeonato. Y usted es un desconocido. Nadie le conoce fuera de Los Ángeles.

—Le conocerán —respondió Rivera con un encogimiento de hombros—, después de este combate.

—¿Cree usted por un segundo que puede ganarme? —soltó Danny.

Rivera asintió con la cabeza.

—Vamos, sea razonable —imploró Kelly—. Piense en la publicidad.

—Quiero el dinero —fue la respuesta de Rivera.

—No me ganaría usted ni en mil años —le aseguró Danny.

—Entonces ¿a qué viene su resistencia? —replicó Rivera—. Si el dinero es tan fácil, ¿por qué no va usted a por él?

—¡Lo haré, así me ayude Dios! —exclamó Danny con repentina convicción—. Le mataré a golpes en el ring, muchacho, por venir a tomarme el pelo así. Redacte el contrato, Kelly. El ganador se lleva todo. Publicítelo en las páginas deportivas. Diga que es una pelea de venganza. Le voy a enseñar unas cuantas cosas a este fresco.

El secretario de Kelly había empezado a escribir cuando Danny le interrumpió.

—¡Espere! —Se volvió hacia Rivera—. ¿El peso?

—El del ring —fue la respuesta.

—De eso nada, fresco. Si el ganador se lleva todo, pesamos a las diez de la mañana.

—¿Y el ganador se lleva todo? —preguntó Rivera.

Danny asintió. Eso lo cerraba. Entraría al ring en la plenitud de sus fuerzas.

—Pesar a las diez —dijo Rivera.

La pluma del secretario siguió rasguñando.

—Eso son cinco libras —le dijo Roberts a Rivera quejumbrosamente—. Ha cedido demasiado. Ha tirado el combate ahí mismo. Danny le ganará seguro. Estará fuerte como un toro. Es usted un idiota. No tiene ni la oportunidad de una gota de rocío en el infierno.

La respuesta de Rivera fue una mirada calculada de odio. Incluso a este gringo lo despreciaba, y era el más limpio de todos los gringos que había encontrado.

IV

Rivera apenas fue advertido al entrar al ring. Solo un leve y escaso aplauso desganao le saludó. El público no creía en él. Era el cordero llevado al matadero a manos del gran Danny. Además, el público estaba decepcionado. Había esperado un combate encendido entre Danny Ward y Billy Carthey, y ahora tenía que contentarse con este pobre novato. Es más: había manifestado su desaprobación por el cambio apostando dos, e incluso tres, contra uno a favor de Danny. Y donde va el dinero de un público apostante, va su corazón.

El muchacho mexicano se sentó en su esquina y esperó. Los lentos minutos se arrastraban. Danny le hacía esperar. Era un truco viejo, pero que siempre funcionaba con los boxeadores jóvenes y novatos. Se ponían nerviosos, sentados así, enfrentándose a sus propios presentimientos y a un público indiferente que fumaba. Pero por una vez el truco falló. Roberts tenía razón. Rivera no tenía punto débil. Él, que estaba coordinado de manera más exquisita, con los nervios más finos y tensos que cualquiera de ellos, no tenía nervios de ese tipo. El ambiente de derrota presagiada en su propia esquina no le afectaba. Sus cuidadores eran gringos y extraños. Además, eran basura: la escoria sucia del mundo del boxeo, sin honor, sin eficacia. Y estaban ateridos, también ellos, con la certeza de que les correspondía la esquina perdedora.

—Ahora tiene que tener cuidado —le advirtió Spider Hagerty. Spider era su segundo principal—. Hágalo durar lo más posible: esas son mis instrucciones de Kelly. Si no lo hace, los periódicos dirán que ha sido otra pelea de aficionados y le darán otra mancha negra al boxeo en Los Ángeles.

Nada de esto era alentador. Pero Rivera no prestó atención. Despreciaba el boxeo. Era el deporte odiado del odiado gringo. Se había metido en él,

como saco de entrenamiento para otros en los gimnasios, únicamente porque se moría de hambre. El hecho de que estuviera maravillosamente dotado para ello no había significado nada para él. Lo odiaba. No fue hasta que entró en contacto con la Junta cuando peleó por dinero, y el dinero le había resultado fácil. No era el primero de los hijos de los hombres en descubrir que tenía éxito en una vocación que despreciaba.

No analizaba. Simplemente sabía que tenía que ganar este combate. No podía haber otro resultado. Porque detrás de él, dándole bríos para esta convicción, había fuerzas más profundas que las que la multitud que llenaba el local podía imaginar. Danny Ward peleaba por dinero, y por la vida fácil que el dinero depararía. Pero las cosas por las que peleaba Rivera ardían en su cerebro: visiones deslumbrantes y terribles que, con los ojos bien abiertos, sentado solo en la esquina del ring esperando a su escurridizo antagonista, veía con tanta claridad como las había vivido.

Veía las fábricas de paredes blancas y energía hidráulica de Río Blanco. Veía a los seis mil obreros, hambrientos y pálidos, y a los niños pequeños, de siete y ocho años, que cumplían largas jornadas por diez centavos al día. Veía los cadáveres ambulantes, las calaveras fantasmales de los hombres que trabajaban en las salas de tinte. Recordaba haber oído a su padre llamar a las salas de tinte «pozos del suicidio», donde un año equivalía a la muerte. Veía el pequeño patio, y a su madre cocinando y afanándose en las tareas más rudimentarias del hogar, y encontrando tiempo para acariciarle y quererle. Y a su padre le veía: grande, de bigote espeso y pecho amplio, bondadoso por encima de todos los hombres, que amaba a todos los hombres y cuyo corazón era tan grande que aún sobraba amor, desbordante, para la madre y el pequeño muchacho que jugaba en el rincón del patio. En aquellos días su nombre no había sido Felipe Rivera. Había sido Fernández, el apellido de su padre y de su madre. A él le habían llamado Juan. Más tarde, él mismo lo cambió, porque había descubierto que el nombre de Fernández era odiado por los prefectos de policía, los jefes políticos y los rurales.

¡El gran y jovial Joaquín Fernández! Un lugar amplio ocupaba en las visiones de Rivera. Él no lo había comprendido entonces, pero mirando atrás podía comprenderlo. Le veía componiendo tipos en la pequeña imprenta, o garabateando interminables líneas apresuradas y nerviosas en el escritorio lleno de papeles. Y veía aquellas extrañas veladas en que los obreros, llegando a escondidas en la oscuridad como hombres que cometen malas ac-

ciones, se reunían con su padre y hablaban largas horas mientras él, el muchacho, yacía no siempre dormido en el rincón.

Como desde una distancia remota podía oír a Spider Hagerty decirle: «Nada de tumbarse desde el principio. Esas son las instrucciones. Aguante la paliza y gánese el sueldo.»

Habían pasado diez minutos y seguía sentado en su esquina. No había señales de Danny, que evidentemente estaba llevando el truco al límite.

Pero más visiones ardían ante los ojos de la memoria de Rivera. La huelga, o más bien el cierre patronal, porque los obreros de Río Blanco habían ayudado a sus hermanos huelguistas de Puebla. El hambre, las expediciones a los montes en busca de bayas, las raíces y hierbas que todos comían y que retorcían y dolían los estómagos de todos. Y luego, la pesadilla: el descampado frente a la tienda de la compañía; los miles de obreros famélicos; el general Rosalio Martínez y los soldados de Porfirio Díaz, y los rifles escupiendo muerte que parecían no cesar de escupir mientras las injusticias de los obreros se lavaban y volvían a lavarse en su propia sangre. ¡Y aquella noche! Veía los vagones de plataforma, apilados con los cuerpos de los muertos, consignados a Veracruz, pasto de los tiburones de la bahía. De nuevo se arrastraba sobre los montones escalofriantes, buscando y encontrando, desnudos y mutilados, a su padre y a su madre. A su madre la recordaba especialmente: solo su rostro asomando, el cuerpo aplastado bajo el peso de docenas de cuerpos. De nuevo crepitaban los fusiles de los soldados de Porfirio Díaz, y de nuevo caía al suelo y se escurría como un coyote acosado por los cerros.

A sus oídos llegó un gran rugido, como el del mar, y vio a Danny Ward, al frente de su séquito de entrenadores y segundos, bajando por el pasillo central. El local estaba en delirante alboroto por el héroe popular que iba a ganar sin duda. Todos le proclamaban. Todos estaban con él. Hasta los propios segundos de Rivera se caldearon con algo parecido a la animación cuando Danny se escurrió ágil por las cuerdas y entró al ring. Su rostro se expandía sin cesar en una sucesión ininterrumpida de sonrisas, y cuando Danny sonreía sonreía en todos los rasgos, hasta en las arrugas de risa de las comisuras de los ojos y en las profundidades de los propios ojos. Nunca hubo boxeador tan afable. Su rostro era un anuncio ambulante de buen ánimo, de camaradería. Conocía a todo el mundo. Bromeaba, reía y saludaba a

sus amigos a través de las cuerdas. Los que estaban más lejos, incapaces de reprimir su admiración, gritaban con entusiasmo: «¡Eso, Danny!» Fue una ovación gozosa de afecto que duró un buen cinco minutos.

Rivera fue ignorado. Por todo lo que el público notó, no existía. El rostro hinchado de Spider Hagerty se inclinó sobre él.

—Nada de asustarse —le advirtió el Spider—. Y recuerde las instrucciones. Tiene que aguantar. Nada de tumbarse. Si se tumba, tenemos instrucciones de darle una paliza en los vestuarios. ¿Entiende? Solo tiene que pelear.

El público empezó a aplaudir. Danny cruzaba el ring hacia él. Danny se inclinó, cogió la mano derecha de Rivera entre las suyas y se la estrechó con impetuosa cordialidad. El rostro de Danny, orlado de sonrisas, estaba cerca del suyo. El público bramó su apreciación por la muestra de deportividad de Danny. Saludaba a su adversario con la ternura de un hermano. Los labios de Danny se movieron, y el público, interpretando las palabras inaudibles como las de un deportista de buen corazón, bramó de nuevo. Solo Rivera oyó las palabras en voz baja.

—Rata mexicana de mierda —silbó entre los labios alegremente sonrientes de Danny—, te voy a sacar el amarillo que llevas dentro.

Rivera no se movió. No se levantó. Simplemente odió con los ojos.

—¡Levántate, perro! —gritó alguien a través de las cuerdas desde detrás.

El público comenzó a silbarle y abuchearle por su comportamiento poco deportivo, pero él permanecía inmóvil. Danny recibió otra gran ovación al volver a cruzar el ring.

Cuando Danny se desnudó, hubo exclamaciones de deleite. Su cuerpo era perfecto, vivo de agilidad, salud y fuerza. La piel era blanca como la de una mujer, e igual de tersa. En él residían toda la gracia, la elasticidad y el poder. Lo había demostrado en decenas de combates. Sus fotografías aparecían en todas las revistas de cultura física.

Un gemido se elevó cuando Spider Hagerty le quitó el jersey a Rivera por encima de la cabeza. Su cuerpo parecía más delgado a causa de la oscuridad de la piel. Tenía músculos, pero no hacían el mismo despliegue que los de su adversario. Lo que el público no alcanzaba a ver era la profundidad del

pecho. Tampoco podía adivinar la dureza de la fibra de la carne, la instantaneidad de las explosiones celulares de los músculos, la fineza de los nervios que conectaban cada parte de él en un espléndido mecanismo de combate. Todo lo que el público veía era un muchacho de piel morena, de dieciocho años, con lo que parecía ser el cuerpo de un chico. Con Danny era distinto. Danny tenía veinticuatro años, y su cuerpo era el de un hombre. El contraste era aún más llamativo cuando estaban juntos en el centro del ring recibiendo las últimas instrucciones del árbitro.

Rivera advirtió que Roberts estaba sentado justo detrás de los periodistas. Estaba más borracho que de costumbre, y su hablar era correspondientemente más lento.

—Tómelo con calma, Rivera —dijo Roberts con su parsimonia habitual—. No puede matarle, recuerde eso. Se lanzará sobre usted desde el primer golpe, pero no se ponga nervioso. Cúbrase y busque los clinches. No puede hacerle mucho daño. Imagine que le está haciendo sparring en el gimnasio.

Rivera no dio señal de haberle oído.

—Pequeño demonio huraño —murmuró Roberts al hombre que tenía al lado—. Siempre fue así.

Pero Rivera olvidó mostrar su odio habitual. Una visión de innumerables rifles le cegó los ojos. Cada rostro del público, por lejos que alcanzara la vista, hasta los asientos de primera fila, se transformó en un rifle. Y vio la larga frontera mexicana, árida, bañada por el sol y ansiosa, y a lo largo de ella vio las bandas harapientas que solo esperaban las armas.

De vuelta en su esquina aguardó de pie. Sus segundos habían salido a rastras por las cuerdas, llevándose consigo el taburete de lona. En diagonal al otro lado del cuadrilátero, Danny le enfrentaba. Sonó el gong y la batalla comenzó. El público aulló de deleite. Nunca había visto un combate comenzar de manera más convincente. Los periódicos tenían razón. Era una pelea de venganza. Danny cubrió tres cuartas partes de la distancia en su embestida inicial, con la intención de aniquilar al muchacho mexicano claramente anunciada. Arremetió no con un golpe, ni con dos, ni con una docena. Era un giroscopio de golpes, un torbellino de destrucción. Rivera era nada. Estaba superado, sepultado bajo avalanchas de puñetazos lanzados desde todos los ángulos y posiciones por un maestro consumado del arte. Estaba

arrollado, barrido contra las cuerdas, separado por el árbitro, y de nuevo barrido contra las cuerdas.

No era una pelea. Era una masacre. Cualquiera público, salvo uno de boxeo, habría agotado sus emociones en ese primer minuto. Danny estaba demostrando sin duda lo que podía hacer: una exhibición espléndida. Tal era la certeza del público, así como su excitación y favoritismo, que no se percató de que el mexicano seguía en pie. Olvidó a Rivera. Rara vez lo veía, tan estrechamente envuelto estaba en el ataque devorador de Danny. Un minuto pasó así, y dos minutos. Luego, en una separación, lo vio claramente. Tenía el labio cortado, la nariz sangrando. Al girarse y tambalearse hacia un clinch, las marcas de sangre manando, producto del contacto con las cuerdas, se mostraban como barras rojas a través de su espalda. Pero lo que el público no advertía era que su pecho no jadeaba y que sus ojos seguían ardiendo fríamente como siempre. Demasiados aspirantes a campeones, en la cruel trituradora de los gimnasios de entrenamiento, habían practicado ese ataque devorador con él. Había aprendido a sobrevivir a cambio de una remuneración que iba desde medio dólar por combate hasta quince dólares semanales: una escuela dura, y bien aprendida.

Entonces ocurrió la cosa asombrosa. El meneo y el enredo giratorio cesaron de repente. Rivera estaba solo. Danny, el formidable Danny, yacía boca arriba. Su cuerpo se agitó mientras la conciencia luchaba por volver a él. No se había tambaleado y desplomado, ni había caído en una larga caída lenta. El gancho de derecha de Rivera le había derribado en el aire con la brusquedad de la muerte. El árbitro apartó a Rivera de un empujón y se colocó sobre el gladiador caído contando los segundos. Es costumbre de los públicos de boxeo vitorear un derribo limpio. Pero este público no vitoreó. Todo había sido demasiado inesperado. Observó el cómputo de los segundos en tenso silencio, y a través de este silencio la voz de Roberts se alzó exultante:

— ¡Ya os dije que era un boxeador de las dos manos!

En el quinto segundo, Danny rodaba sobre su cara, y cuando se contó siete, descansaba sobre una rodilla, listo para levantarse después del nueve y antes del diez. Si su rodilla aún tocaba el suelo en el «diez», se consideraba «derribado» y también «fuera de combate». En el instante en que su rodilla dejase el suelo, se le consideraría «en pie», y en ese instante Rivera tendría

derecho a intentar derribarle de nuevo. Rivera no se arriesgó. En el momento en que esa rodilla dejara el suelo, golpearía de nuevo. Circuló alrededor, pero el árbitro se interpuso, y Rivera supo que los segundos que contaba eran muy lentos. Todos los gringos estaban contra él, hasta el árbitro.

En el «nueve», el árbitro dio a Rivera un fuerte empujón hacia atrás. Era injusto, pero le permitió a Danny levantarse, la sonrisa de vuelta en sus labios. Doblado a medias, con los brazos envolviendo cara y abdomen, se tambaleó hábilmente hacia un clinch. Por todas las reglas del juego, el árbitro debería haberlo roto, pero no lo hizo, y Danny se aferró como un percebe azotado por las olas y momento a momento se recuperó. El último minuto del asalto pasaba deprisa. Si podía llegar al final, tendría un minuto completo en su esquina para recuperarse. Y llegar al final llegó, sonriendo a través de toda la desesperación y el apuro.

— ¡La sonrisa que no se borra! — gritó alguien, y el público rio con alivio.

— La patada que tiene ese greaser es algo de Dios — jadeó Danny en su esquina a su asesor mientras sus cuidadores trabajaban frenéticamente sobre él.

El segundo y el tercer asalto fueron apagados. Danny, un consumado general del ring, lleno de trucos, temporizó y bloqueó y se aferró, dedicándose a recuperarse de ese aturdidor golpe del primer asalto. En el cuarto asalto era de nuevo él mismo. Sacudido y zarandeado, con todo su buen estado físico había logrado recuperar el vigor. Pero no intentó sus tácticas devoradoras. El mexicano había resultado un adversario de cuidado. En cambio, puso en juego sus mejores dotes de boxeador. En triquiñuelas, habilidad y experiencia era el maestro, y aunque no podía conectar nada decisivo, procedió científicamente a picar y desgastar a su adversario. Conectaba tres golpes por cada uno de Rivera, pero eran solo golpes de castigo, no mortales. Era la suma de muchos de ellos lo que constituía la mortandad. Le tenía respeto a este don nadie de las dos manos con sus asombrosos ganchos cortos en ambos puños.

En defensa, Rivera desarrolló una desconcertante directa de izquierda. Una y otra vez, ataque tras ataque, le alejaba de él con la izquierda directa con daño acumulado en la boca y la nariz de Danny. Pero Danny era protector. Por eso era el campeón en ciernes. Podía cambiar de estilo de boxeo a

voluntad. Ahora se dedicó al cuerpo a cuerpo. En esto era particularmente letal, y le permitía esquivar la directa de izquierda del otro. Aquí volvió loco al público repetidamente, culminando con un maravilloso desenganche y levantamiento de un uppercut interior que elevó al mexicano en el aire y le tumbó en la lona. Rivera descansó sobre una rodilla, sacando el mayor partido posible del cómputo, y en lo hondo de su alma supo que el árbitro le contaba los segundos cortos.

De nuevo, en el séptimo, Danny logró el diabólico uppercut interior. Solo consiguió tambalear a Rivera, pero, en el momento de indefensa vulnerabilidad que siguió, le golpeó con otro puñetazo que le mandó por las cuerdas. El cuerpo de Rivera rebotó sobre las cabezas de los periodistas de abajo, que le impulsaron de vuelta al borde de la plataforma, fuera de las cuerdas. Allí descansó sobre una rodilla mientras el árbitro recitaba los segundos a toda prisa. Dentro de las cuerdas, a través de las cuales debía colarse para entrar al ring, Danny le aguardaba. El árbitro tampoco intervino ni apartó a Danny.

El público se enloqueció de júbilo.

— ¡Mátale, Danny, mátale! —era el clamor.

Decenas de voces lo corearon hasta convertirlo en un canto de guerra de lobos.

Danny hizo lo que pudo, pero Rivera, al llegar al ocho, en lugar del nueve, se coló inesperadamente por las cuerdas y se refugió a salvo en un clinch. Ahora el árbitro actuó, apartándole para que pudiera recibir golpes, dándole a Danny todas las ventajas que un árbitro deshonesto puede dar.

Pero Rivera sobrevivió, y el aturdimiento se aclaró en su cerebro. Todo era parte de lo mismo. Eran los odiados gringos y todos eran deshonestos. Y en lo peor de todo ello, visiones seguían destellando y chispeando en su cerebro: largas vías de ferrocarril que relumbraban al cruzar el desierto; rurales y policías americanos, prisiones y calabozos; vagabundos junto a los depósitos de agua: todo el sórdido y penoso panorama de su odisea tras Río Blanco y la huelga. Y, resplandeciente y glorioso, veía la gran y roja Revolución barriando su tierra. Las armas estaban allí ante él. Cada rostro odiado era un arma. Era por las armas que peleaba. Él era las armas. Él era la Revolución. Peleaba por todo México.

El público comenzó a irritarse con Rivera. ¿Por qué no aceptaba la paliza que tenía señalada? Por supuesto que iba a perder, pero ¿por qué empecinarse tanto? Muy pocos le apoyaban, y eran el porcentaje cierto y definido de un público apostante que juega a los largos. Creyendo que Danny era el ganador, habían puesto de todos modos su dinero en el mexicano a cuatro contra uno y a uno contra tres. Más de una cantidad importante estaba apostada a la cuestión de cuántos asaltos podría aguantar Rivera. Los que habían apostado a que no llegaría al séptimo, ni siquiera al sexto, y que ahora tenían el riesgo en efectivo ya salvado, se habían unido a vitorear al favorito.

Rivera se negó a perder. Durante el octavo asalto su adversario se esforzó en vano por repetir el uppercut. En el noveno, Rivera volvió a asombrar al local. En medio de un clinch rompió el agarre con un movimiento rápido y ágil, y en el estrecho espacio entre sus cuerpos su derecha se alzó desde la cintura. Danny fue al suelo y tomó la seguridad del cómputo. El público estaba estupefacto. Le estaban ganando en su propio juego. Su famoso uppercut de derecha le había sido devuelto. Rivera no intentó cogerle cuando se levantó en el «nueve». El árbitro bloqueaba abiertamente esa jugada, aunque se mantenía apartado cuando la situación se invertía y era Rivera quien deseaba levantarse.

Dos veces en el décimo, Rivera ejecutó el uppercut de derecha, alzado desde la cintura hasta la barbilla del adversario. Danny se desesperó. La sonrisa jamás abandonó su rostro, pero volvió a sus acometidas devoradoras. Por mucho que arremetiera en torbellino, no podía dañar a Rivera, mientras Rivera, a través de la vorágine y el torbellino, le tumbaba en la lona tres veces seguidas. Danny ya no se recuperaba tan deprisa, y en el undécimo asalto estaba en serias dificultades. Pero desde entonces hasta el decimocuarto ofreció la exhibición más valiente de su carrera. Temporizó y bloqueó, boxeó con parsimonia y se esforzó por reunir fuerzas. Además, luchó tan suciamente como sabe hacerlo un boxeador exitoso. Empleó todos los trucos y artimañas: cabezazos en los clinches con apariencia de accidente, inmovilizando el guante de Rivera entre brazo y costado, frotando el guante sobre la boca de Rivera para obstruirle la respiración. Con frecuencia, en los clinches, a través de sus labios cortados y sonrientes, le susurraba al oído de Rivera insultos inenarrables y viles. Todos, desde el árbitro hasta el público, estaban con Danny y ayudaban a Danny. Y sabían lo que tenía en

mente. Superado por esta caja de sorpresas del desconocido, lo apostaba todo a un solo golpe. Se ofrecía al castigo, fingía, amagueaba y buscaba esa única apertura que le permitiera lanzar un golpe con toda su fuerza y cambiar el rumbo de la marea. Como lo había hecho otro boxeador más grande antes que él, podía hacer una derecha e izquierda al plexo solar y a través de la mandíbula. Podía hacerlo, pues era famoso por la potencia de golpe que conservaba en los brazos mientras pudiera mantenerse en pie.

Los segundos de Rivera no le cuidaban ni la mitad de bien en los intervalos entre asaltos. Sus toallas hacían el gesto, pero introducían poco aire en sus pulmones jadeantes. Spider Hagerty le daba consejos, pero Rivera sabía que eran consejos erróneos. Todos estaban contra él. Estaba rodeado de traición. En el decimocuarto asalto volvió a tumbar a Danny, y él mismo se quedó de pie descansando, con las manos caídas a los costados, mientras el árbitro contaba. En la esquina contraria, Rivera había estado advirtiendo unos sospechosos cuchicheos. Vio a Michael Kelly abrirse camino hasta Roberts e inclinarse a susurrarle. Los oídos de Rivera eran los de un gato, afinados por el desierto, y alcanzó a captar fragmentos de lo que se decía. Quiso oír más, y cuando su adversario se levantó, maniobró el combate hacia un clinch junto a las cuerdas.

—Hay que hacerlo —pudo oír a Michael, mientras Roberts asentía—. Danny tiene que ganar: me juego una fortuna, tengo una tonelada de dinero apostado, dinero mío propio. Si llega al decimoquinto, estoy arruinado. El chico te obedece. Haz algo.

Y a partir de entonces Rivera no tuvo más visiones. Intentaban vendérselo. Una vez más tumbó a Danny y se quedó de pie descansando, las manos caídas. Roberts se puso en pie.

—Con eso está liquidado —dijo.

—Ve a tu esquina.

Habló con autoridad, como había hablado a menudo a Rivera en el gimnasio. Pero Rivera le miró con odio y esperó a que Danny se levantara. De vuelta en su esquina en el intervalo del minuto, Kelly, el promotor, se acercó y habló con Rivera.

—Piérdelo, maldita sea —le siseó en voz baja y áspera—. Tiene que tumbarse, Rivera. Póngase de mi parte y le haré un futuro. Le dejaré ganarle a

Danny la próxima vez. Pero ahora es donde tiene que perder.

Rivera mostró con los ojos que oía, pero no dio ni señal de asentimiento ni de disenso.

—¿Por qué no habla? —exigió Kelly con irritación.

—De todas formas pierde —añadió Spider Hagerty—. El árbitro se lo quitará. Escuche a Kelly y piérdalo.

—Piérdalo, chico —suplicó Kelly—, y le ayudaré a llegar al campeonato.

Rivera no respondió.

—Lo haré, así me ayude Dios, chico.

Al sonar el gong, Rivera presentió algo inminente. El local, no. Fuera lo que fuese, estaba allí dentro del ring con él y muy cerca. La seguridad anterior de Danny parecía haber vuelto a él. La confianza de su avance asustó a Rivera. Iban a emplear algún truco. Danny arremetió, pero Rivera rehusó el encuentro. Se escurrió hacia un lado, a un lugar seguro. Lo que el otro quería era un clinch. De alguna manera era necesario para el truco. Rivera retrocedió y circuló, pero sabía que, antes o después, el clinch y el truco llegarían. Con determinación decidió provocarlo. Hizo ademán de buscar el clinch en la siguiente acometida de Danny. En cambio, en el último instante, justo cuando sus cuerpos habrían debido juntarse, Rivera se escurrió ágilmente hacia atrás. Y en ese mismo instante la esquina de Danny lanzó un grito de falta. Rivera les había engañado. El árbitro vaciló irresoluto. La decisión que temblaba en sus labios no llegó a pronunciarse, porque una voz de muchacho, aguda, desde la galería, chilló: «¡Trampa!»

Danny maldijo a Rivera abiertamente y le acosó, mientras Rivera esquivaba bailando. Además, Rivera tomó la decisión de no lanzar más golpes al cuerpo. Con ello tiraba por la borda la mitad de sus posibilidades de ganar, pero sabía que si había de ganar sería con el boxeo exterior que le quedaba. Con la menor oportunidad, le acusarían de falta. Danny tiró toda cautela al viento. Durante dos asaltos fue tras el muchacho que no se atrevía a enfrentarle en el cuerpo a cuerpo y sobre él. Rivera recibió golpe tras golpe; encajó decenas de puñetazos para evitar el peligroso clinch. Durante esa suprema ofensiva final de Danny, el público se puso en pie y enloqueció. No comprendía. Lo único que podía ver era que su favorito estaba ganando, al fin y al cabo.

—¿Por qué no pelea? —le exigió con furia a Rivera.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!» «¡Sal a pelear, maldito! ¡Sal a pelear!» «¡Mátale, Danny! ¡Mátale!» «¡Lo tienes! ¡Mátale!»

En todo el local, sin excepción, Rivera era el único hombre frío. Por temperamento y sangre era el más ardiente de todos; pero había pasado por calores tan inmensamente mayores que esta pasión colectiva de diez mil gargantas, que subía oleada tras oleada, era para su cerebro no más que el frescor aterciopelado de un crepúsculo de verano.

Hasta el decimoséptimo asalto Danny mantuvo su ofensiva. Rivera, bajo un golpe fuerte, se dobló y flaqueó. Sus manos cayeron indefensas mientras retrocedía tambaleándose. Danny creyó que había llegado su momento. El muchacho estaba a su merced. Así Rivera, fingiendo, le cogió desprevenido, lanzando un golpe limpio a la boca. Danny fue al suelo. Cuando se levantó, Rivera le derribó con un golpe de hacha de la derecha en la nuca y la mandíbula. Lo repitió tres veces. Era imposible para cualquier árbitro llamar falta en esos golpes.

—¡Oh, Bill! ¡Bill! —suplicaba Kelly al árbitro.

—No puedo —lamentó el oficial—. No me da ninguna oportunidad.

Danny, apaleado y heroico, seguía levantándose. Kelly y otros cercanos al ring empezaron a pedir a gritos a la policía que lo detuviera, aunque la esquina de Danny se negaba a tirar la toalla. Rivera vio al gordo capitán de policía empezando a subir torpemente por las cuerdas, y no estaba seguro de lo que significaba. Había tantas maneras de hacer trampas en este juego de los gringos. Danny, en pie, se tambaleaba aturdido e indefenso ante él. El árbitro y el capitán se lanzaban ambos hacia Rivera cuando él asestó el último golpe. No hacía falta detener el combate, pues Danny no se levantó.

—¡Cuenta! —gritó Rivera con voz ronca al árbitro.

Y cuando el cómputo terminó, los segundos de Danny le recogieron y le llevaron a su esquina.

—¿Quién gana? —preguntó Rivera.

A regañadientes, el árbitro cogió su mano enguantada y la alzó.

No hubo felicitaciones para Rivera. Caminó hasta su esquina sin compañía, donde sus segundos todavía no habían colocado el taburete. Se recostó hacia atrás sobre las cuerdas y los miró a todos con su odio, lo extendió a su alrededor hasta que los diez mil gringos quedaron incluidos. Las rodillas le temblaban, y sollozaba de agotamiento. Ante sus ojos, los rostros odiados se mecían hacia atrás y hacia adelante en el mareo de las náuseas. Entonces recordó que eran las armas. Las armas eran suyas. La Revolución podía continuar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB